

debiendo los cuerpos que se hallen en segundo término llenar los huecos que dejen entre sí los del primero á medida que se desplieguen; su ejército ofrece así un frente de catorce kilómetros. Creyendo poco sólida la posición del Archiduque, á las siete de la tarde piensa atacar vigorosamente su centro para ver si consigue desde luego alguna ventaja decisiva. En su consecuencia, Oudinot trata de posesionarse de Baumersdorf, mientras el príncipe Eugenio y Bernadotte asaltan la meseta de Wagram; pero los austriacos, protegidos por Russbach, se defienden con extraordinario arrojo, siendo rechazado Oudinot; más feliz Bernadotte, logra pasar el riachuelo, arrastra á los sajones que acaudilla hasta Wagram y se detiene aquí algunos instantes; sin embargo, rebasado por fuerzas superiores, cede á su vez y se retira sobre Aderklaa, teniendo que hacer lo mismo el príncipe Eugenio, á pesar del valor mostrado por Macdonald y Grenier. En esta infructuosa y mal concertada tentativa, combatieron noventa y ocho mil franceses y sesenta y cinco mil austriacos.

El día seis, muy de mañana, toma la ofensiva el ejército del Archiduque. Su objeto es cortar la retirada á los franceses. Rossenberg, que capitanea el ala izquierda austriaca, baja de las alturas de Neusiedel, franquea el Russbach y ataca á Davout, que está concentrando sus tropas entre Grosshofen y Glinzendorf; Napoleón en persona va al auxilio de Davout con ocho regimientos de caballería pesada y una batería de doce cañones, y Rossenberg pierde el terreno que había ganado, se repliega detrás del Russbach y se torna á sus posiciones anteriores. En el entretanto, en la derecha francesa se ha trabado otra refriega empeñadísima. Bernadotte, viéndose aislado y rodeado de enemigos, adopta la resolución de buscar el apoyo de Massena y abandona á Aderklaa, que ocupa seguidamente Bellegarde, el cual á poco es arrojado de allí por las fuerzas reunidas de los dos mariscales; pero el archiduque Carlos vuela al socorro de Bellagarde y se precipita en Aderklaa con impetu incontrastable. Bernadotte retrocede ante él, al paso que Massena tiene que acudir á Süssesbrum para hacer frente á Kollowrath y Klenau, que asoman por su flanco. Herido á consecuencia de haberse caído del caballo días antes, Massena recorre el campo de batalla en calesa; con su intrepidez sin igual, se presenta en los lugares de más peligro; nunca se mostró más animoso, á pesar del estado de debilidad en que se hallaba, ni nunca le aclamó el ejército con mayor entusiasmo. Sus tropas, empero, son incapaces de resistir á Klenau y Kollowrath, que las doblan en número y las empujan á Aspern, en que se les une la división Boudet, teniendo á poco que retrogradar de nuevo más allá de Essling, donde los austriacos vuelven á instalarse. Los habitantes de Viena, subidos en las terrazas, tejados y aún campanarios, agitan sus sombreros y pañuelos y prorrumpen en frenéticos vivas para alentar á los suyos, cuya victoria juzgan indudable. Mas hay muchos cuerpos franceses que aún no se han movido, y Napoleón toma rápidamente sus medidas para hacer cambiar el aspecto de la batalla. El centro austriaco está desguarne-

cido; Napoleón le enfila cien cañones, que vomitan torrentes de metralla, abriendo anchos claros en sus filas, y sin darle tiempo á rehacerse, lanza contra él una columna formidable á las órdenes de Macdonald, compuesta de tres divisiones de infantería, que apoyan los coraceros de Nansouty y la caballería ligera de la guardia. Esta columna lo arrolla todo á su paso y llega, sin acelerar ni aflojar su marcha, intrépida y tranquila, hasta Süssesbrun, donde al fin la detienen los esfuerzos desesperados del Archiduque, de Liechtenstein y de Kollowrath. Necesita el general austriaco oponerse al avance de sus contrarios para poder retirar su ala derecha del compromiso en que está, por haberse adelantado demasiado entre el ejército francés y el Danubio; comunica, pues, á dicha fuerza la orden de replegarse ante Massena, que la sigue paso á paso, y reúne las que á él le quedan disponibles á fin de contener á Macdonald, cuyas tropas algo aisladas sufren grandes pérdidas. El ataque al centro austriaco, decisivo al parecer en los primeros momentos, no habría sido quizás bastante por sí solo para dar el triunfo á Napoleón, si Davout, embistiendo á Neusiedel y en seguida á Wagram, no hubiese asegurado ya el buen éxito de la jornada. Davout, en efecto, después de desalojar de Neusiedel á Rosseberg, tras sangrienta lucha, prepárase á rebasar la línea del enemigo para envolverle. ¡La batalla está ganada! exclama el Emperador al ver la operación iniciada por el célebre mariscal. Así fué ciertamente. Hohenzollern, que estaba en Wagram, comprendiendo que le era imposible defender esta posición, se retira también, como Rossenberg. Bien pronto el ejército austriaco entero imita su ejemplo, no resistiendo su centro más tiempo que el necesario para proteger el movimiento retrógrado del ala derecha. Por la tarde, cuando todo estaba concluido, se presentó el archiduque Juan con su ejército. Su hermano le había enviado á llamar el día cinco por la mañana, pero no se puso en marcha hasta las once de la noche y tardó veinte horas en recorrer ocho leguas; si hubiese andado más deprisa, su patria le hubiera debido tal vez su salvación.

Tal fué la jornada de Wagram, sangrienta como pocas; pues las bajas de cada beligerante alcanzaron la enorme cifra de veinte á veinticinco mil entre muertos y heridos. Napoleón no tenía ya la confianza que antes en la solidez de su ejército. «No son estos los soldados de Austerlitz», decía con pena. En recompensa de sus servicios, Massena, Davout y Berthier recibieron el título de Príncipes, de Essling, de Eckmühl y de Wagram respectivamente; á Macdonald, Oudinot y Marmont se les elevó al mariscalato, y se repartieron otras muchas recompensas. Los austriacos se retiraron en orden excelente, protegidos por el fuego espantoso de su artillería, no dejando en poder de sus enemigos sino escaso número de prisioneros, heridos en su mayor parte. Se les persiguió con tanta flojedad, que el día siete se ignoraba aún en el cuartel general francés la dirección precisa que habían tomado, suponiendo unos que era la de Bohemia y otros la de Moravia. El ejército del Archiduque estaba en condiciones de continuar la guerra; pero, por una par-

te, considerando el príncipe Carlos como milagroso haber salido tan bien de la campaña, que tal era el respeto que le causaba el genio de su adversario, y por otra no queriendo Napoleón tentar de nuevo á la fortuna, pues las últimas batallas le habían hecho meditar, estas disposiciones movieron á los beligerantes á firmar el doce de Julio, después de dos sangrientos combates librados en Znaïm, el armisticio que lleva este nombre. El emperador Francisco se negó al principio á aprobarlo, pero al fin lo ratificó el diez y ocho de Julio. El archiduque Carlos, á quien se acusaba de timidez y pusilanimidad, fué destituido de su cargo de generalísimo y separado de los negocios, asumiendo el Emperador el mando supremo de las tropas, que delegó en el príncipe Liechtenstein.

En la corte de Viena se formaron dos partidos, el uno favorable á la continuación de la guerra, y el otro que sostenía la necesidad de terminarla: prevaleció el segundo y se abrieron negociaciones de paz en Altenburgo, entre Champagni y Metternich. Las exigencias de Napoleón eran desmedidas, y Metternich, que no quería someterse á ellas, consiguió ser reemplazado por el príncipe de Liechtenstein, jefe del partido favorable á la paz: Metternich se granjeó con su conducta gran popularidad. A pesar de este cambio, las negociaciones adelantaron poco hasta que Napoleón determinó entenderse directamente con el general conde de Bubna, que Francisco II enviara á Schœnbrunn, para ver si podía ablandar al terrible déspota. Después de mucho discutir, tanto el conde de Bubna como el príncipe de Liechtenstein aceptaban ya todas las duras condiciones impuestas por Napoleón á su patria, menos la de pagar cien millones de francos en concepto de contribución de guerra, punto en que el emperador Francisco se mostraba inflexible, cuando sobrevino un incidente que impulsó á Napoleón á ceder, en parte al menos, para conseguir la paz. En la revista que el Emperador de los franceses pasó á sus tropas el doce de Octubre, observaron que un adolescente trataba de acercarse á él: se le detuvo y se halló que llevaba oculto un enorme cuchillo de cocina. Interrogado, declaró que su ánimo era asesinar á Napoleón. Averiguóse entonces que se llamaba Federico Staps, que tenía diez y ocho años y que, en la soledad de su taller de Erfurt, donde trabajaba como aprendiz, había meditado matar al azote de su patria. Napoleón le preguntó si le agradecería que le perdonase. «No, contestó tranquilamente Staps, procuraré de nuevo asesinaros». El Emperador, extraordinariamente sorprendido de encontrar aquella sangre fría y aquel odio mortal en un joven de tan pocos años y de buena familia, pues el padre de Staps era pastor protestante en Naumburgo, hizo comparecer secretamente al desdichado ante un consejo de guerra, que lo mandó fusilar sin que nadie se enterara de ello. «Espero que nada se tralucirá de este suceso, escribía á su ministro de Policía, Fouché, el mismo doce de Octubre; mas si así no fuera, hay que presentar á ese hombre como loco». Tal fué el motivo que indujo á Napoleón á mostrarse menos intransigente; en su consecuencia, en la noche del trece al catorce de dicho mes se firmó el tratado de paz, y el

fiero conquistador, no conceptuándose seguro, partió de Schœnbrunn el día quince. El Czar no tomó parte en las negociaciones de que acabamos de hablar; había hecho la guerra á disgusto, y no quiso cargar con la responsabilidad de la paz, de la cual, sin embargo, quedó descontento por el escaso beneficio que obtuvo.

Las estipulaciones de Schœnbrunn ó de Viena privaron al Austria de todas sus provincias del Sudeste. Garitz, el condado de Montefalcone, Trieste, Ragusa, Fiume, la Croacia civil y militar, el círculo de Villach, en Garinthia, y la Carniola se agregaron á la Dalmacia cedida en mil ochocientos cinco, para formar el gobierno de Iliria; la Galitzia Occidental, con el círculo de Zamosc, se incorporó al gran ducado de Varsovia, y Braunau, Salzburgo y el distrito de Inn pasaron al reino de Baviera, siendo englobados en la Confederación del Rin. A Rusia se le reservó el círculo de Tarnopol, con una faja estrecha en la Galitzia Oriental; era casi una limosna. Austria perdía más de dos mil millas cuadradas de territorio y tres millones y medio de súbditos; además, contraía la obligación de romper toda clase de alianza con Inglaterra, reducir su ejército á ciento cincuenta mil hombres y licenciar á los soldados que hubiesen nacido en Francia, Bélgica, Piamonte ó Venecia. La contribución quedó fijada en ochenta y cinco millones.

En el Tirol había cobrado bríos la insurrección, desde la partida de Lefebvre. Ajustada la paz con Austria, Napoleón envió á aquella desgraciada provincia á Drouet, Wrede, Vial y Baraguey d'Hilliers, que entraron á sangre y fuego el país. El valiente jefe de los sublevados, Andrés Hofer, se defendió como un león; pero, al cabo, tuvo que huir y ocultarse en la montaña: una denuncia descubrió el lugar en que se escondía; lo prendieron y fué conducido á Mantua, donde murió fusilado. El Tirol recayó bajo el yugo odiado de Baviera.

A mediados de Julio, había zarpado de Portsmouth la gran expedición armada por Inglaterra compuesta de treinta y nueve navíos de línea, veintidós fragatas, doscientos trasportes y treinta y ocho mil hombres de desembarco; pero como si el poder de Napoleón estuviese destinado á no hallar límites y todo hubiera de plegarse á su genio ó á su fortuna, la poderosa flota vió frustrados sus intentos, no obstante ser sumamente modestos en comparación de las esperanzas que el anuncio de aquella despertara. La misión de la armada se reducía á apoderarse de la isla de Walcheren, destruir los arsenales y astilleros franceses de Amberes y Flesinga, echar á pique ó apresar los buques surtos en estos puertos, é impedir el paso de naves de guerra por el Escalda, conseguido lo cual, tenía orden de regresar á las Islas Británicas, dejando en Walcheren guarnición suficiente; más si los ingleses tomaron á Flesinga el quince de Agosto, Amberes le resistió y fueron diezmados en la isla de Walcheren por el hambre y las enfermedades, debiendo pensar en reembarcarse, cosa que no tardaron en efectuar.

La paz de Viena abatió por el pronto las esperanzas de los enemigos declarados ó en-